

lizarlo, acrecentarlo, perfeccionarlo, con el continuo ejercicio de todas las virtudes ; por medio de una fidelidad inquebrantable en el cumplimiento de nuestros deberes y observancia de todos los preceptos ; por medio de una santa emulacion, que nos haga aspirar á cada uno segun su estado á la práctica de esos consejos ; por medio de una ciega sumision á todas las órdenes, voluntad y las disposiciones de su divina providencia. *Destruyamos* todo cuanto nuestra orgullosa razon pudiera *llevar con soberbia contra la ciencia de Dios ; reduzcamos nuestro espíritu á la esclavitud y obediencia de Jesucristo*<sup>1</sup>, y sometamonos á la humilde y simple aceptation de todas las verdades especulativas y prácticas que contiene el Evangelio. Hagamosle el entero y completo *sacrificio de nuestra fé*<sup>2</sup> ; pero de una fé firme é inquebrantable ; de una fé que no dependa del tiempo, lugar, personas ; una fé viva y animada ; una fé, que constantemente *obre por la caridad*<sup>3</sup> ; una fé fecunda en buenas obras. Honremos la bondad infinita y la omnipotencia de Jesucristo nuestro Señor y nuestro Rey, con una firme esperanza y una confianza verdaderamente filial, por medio de una viva esperanza, que nos anime para hacerlo todo, para sufrirlo todo por nuestra salvacion ; por medio de una esperanza iluminada que despues de todos nuestros trabajos, despues de nuestros sufrimientos todos no espere nada sino viene de la misericordia infinita y enteramente gratuita, de la pura liberalidad de nuestro Soberano ; por medio de una esperanza sin límites, que encierre en si todos los tesoros de la gracia y de la gloria, todos los bienes de la vida presente y los de la futura<sup>4</sup>.

El gran Apóstol de las naciones, habiendo en primer lugar pedido al Padre que fortaleciese á los Efesios, en el hombre interior por medio de su Espíritu, afín de que Jesucristo habitase en corazones por la fé, le suplica, que les haga echar raices y fundamentos en la caridad<sup>5</sup>. Hagamos nosotros una oracion semejante y no omi-

1. II. Cor. x, 4. — 2. Philip. II, 17. — 3. Galat. v, 6. — 4. I. Tim. IV, 8. — 5. Ephes. III, 1 et seqq.

tamos medio alguno para hacer que reine en nuestras almas esta reina de las virtudes. La caridad, dicen los santos Padres, es la raiz de todas las virtudes y bienes, así como la concupiscencia es raiz y origen de todos los males. Que el fuego de la caridad, dice san Agustin, abrase nuestro corazon y este será un altar digno de Dios ; ese fuego devorará y consumirá todos los males vicios, pecados, imperfecciones y hará de este sagrado altar, de ese corazon puro, de esa alma santa, un holocausto agradable á Dios vivo. Echemos raices, fundemos nuestro edificio sobre la caridad de una manera inquebrantable ; guardemos los preceptos ; tendamos á la perfeccion de los consejos evangélicos ; soportemos todos los males de esta vida con sumision y alegría ; usemos bien de las criaturas ; hagamos un santo uso de los dones de Dios<sup>1</sup>. Demos al amor del Señor un imperio absoluto sobre nuestros pensamientos, deseos y palabras ; sobre el uso de nuestros sentidos ; sobre todos nuestros actos ; que todo lo que hagamos lo hagamos con amor<sup>2</sup> ; que el amor de Dios regule, dirija, guie, ordene y gobierne absolutamente todo cuanto hemos de hacer pensar y decir. *Bien sea que comamos, dice san Pablo, ó que bebamos, cualquier cosa que hagamos, hagamoslo todo por la gloria de Dios*<sup>3</sup> por el amor de Jesus. En fin que el Señor nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Soberano, no halle siempre en las buenas disposiciones en que David halló á sus oficiales y servidores cuando se vió obligado á salir de Jerusalem : en la adversidad lo mismo que en la prosperidad, en la dolencia como en la buena salud, en todo tiempo, en todo lugar, en todos los momentos de nuestra vida hasta la muerte, digamoslo, pero sinceramente : *Señor, ejecutaremos siempre, con toda nuestra alma todo cuanto os plazca mandar*<sup>4</sup>.

De esta manera principalmente es como quiere Jesucristo reinar en nosotros ; tal es la soberania que desea, que exige y nosotros debemos ofrecerle. No podriamos rehusarsela sin ingratitud ni in-

1. S. Aug. de Doctr. Christ. III, 10. — 2. I. Cor. XVI, 14. — 3. I. Cor. X, 31. — 4. II. Reg. XV, 25.

justicia, pues le pertenece por todos estilos y con todos los títulos y porque tiene todas las cualidades necesarias para gobernarnos bien. Un interés indudable debe obligarnos á desear que su reino llegue y á ofrecerle por nosotros mismos un imperio absoluto : es que si le hacemos reinar en nuestros corazones por medio de la caridad en esta vida, nos hará reinar con Él en la gloria por una eternidad de eternidades. Pueblos que seguisteis á Jesucristo hasta el desierto, si hubierais sido mas ilustrados, si le hubieseis presentado esta especie de magestad, no hubiera rechazado ese poder con desprecio, y no os hubiera despedido precipitadamente <sup>1</sup>.

*Conclusion.* — Jesucristo es rey ; posée para reinar todos los títulos y todas las condiciones que para ello se requieren. Pero una magestad temporal está por bajo de su divina Magestad. La sola magestad que ambiciona y que sea sola de Él digna, es la magestad ó soberanía que comienza aquí abajo y se consume en el cielo. Nuestro supremo interés es el procurarle esta soberanía y hacerle reinar en nosotros, es preciso para ello renunciar á todo pecado y guardar fielmente todos los preceptos del Evangelio. Tales son, amados míos, las verdades que acabo de exponeros y cuya importancia á nadie se le oculta. Procuremos pues, que estas verdades sean la regla de nuestra conducta, Jesucristo es rey, estemosle sumisos ; quiere reinar en nuestro corazón, pongámosle á su disposición, trabajando por librarle de todo otro yugo diferente á todo otro yugo que no sea el suyo y adornámosle con todas las virtudes cristianas. Y despues de haber sido durante toda nuestra vida sus fieles subditos, creed que no habrá para Él nada mas justo ni grato que el ser tambien nuestro Rey en su gloria durante toda la eternidad. Amen.

1. Extracta casi textualmente del Año eclesiast. Paris, 1739, 4º dom. de Cuaresma.

---

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

CUARTO DISCURSO

**Jesus huye solo al monte.**

I. Jesus huye. — II. Huye al monte. — III. Huye El solo.

Jesus despues de haber dado de comer milagrosamente con cinco solos panes y dos peces á una multitud de cinco mil hombres, que seguidole habia al otro lado del lago de Tiberiades, es reconocido por esa multitud como el verdadero Mesias prometido y esperado por lo cual quiere apoderarse de su persona y proclamarle rey. Mas el Señor que no habia venido al mundo para fundar ó establecer un reino temporal, sino el espiritual de las almas, burla los insensatos proyectos de sus demasiado reconocidos oyentes y mandando á sus apóstoles al otro lado del lago huye Él solo á un desierto monte. Y si los discípulos, segun dice san Marcos, *no comprendieron lo que significaba el milagro de la multiplicacion de los panes* <sup>1</sup>, mucho ménos debieron comprender el misterio que encerraba su fuga. Misteriosa en extremo es, en efecto, mis amados hermanos, esta fuga del Salvador ante el ofrecimiento que se le hacia de un trono nada ménos ; misteriosa, repito, y á mas de misteriosa instructiva. Por eso en la presente mañana me propongo, meditar la en vuestra compañía bajo sus tres principales caracteres que dividiran en tres diferentes puntos mi discurso. Primero : Jesus huye. Segundo : huye al monte. Tercero : Huye enteramente solo.

I. *Jesus huye.* — Costumbre era en Jesus, ocuparse de las almas despues de haber efectuado algun milagro provechoso al cuerpo.

1. Marc. vi, 51.